Oralidad, registro coloquial y variedades linguísticas en «El limpiabotas del padre eterno», de Max Aub

María Luisa Barrio Arconada
Instituto Cervantes de São Paulo / Universidade de São Paulo

El objetivo de esta comunicación es analizar el relato «El limpiabotas del padre eterno», que forma parte del ciclo narrativo *El Laberinto Mágico* de Max Aub (París, 1903 - México, 1972): un conjunto de novelas y relatos que dan testimonio de la Guerra Civil Española (1936-1939), de la experiencia en los campos de concentración franceses y argelinos y del exilio republicano español. Se analizará el relato desde el punto de vista de la oralidad, de los elementos del registro coloquial y de algunas variedades lingüísticas presentes en el texto, efectos que aproximan los personajes y narradores al lector, y que posibilitan la visión de la realidad que el autor desea transmitir y denunciar.

El protagonista es Málaga, un limpiabotas de veinte años que tiene algún tipo de retraso mental. El relato, que está dividido en diez partes, narra parte de su infancia en Madrid, la huida de España a Francia durante la Guerra Civil Española y su vivencia en los campos de concentración franceses de Argelès, Gours, Vernet, y el de Djelfa, en África, donde muere.

La narrativa se desarrolla en primera y tercera personas, fragmentos de cartas, de diarios y muchos diálogos componen el relato que presenta distintos elementos de la lengua oral, del registro coloquial y también marcas de algunas variedades lingüísticas como la diastrática, que depende de las características socioculturales del personaje, o la diatópica, que varía en el espacio. Los efectos creados por el autor le dan expresividad y naturalidad al texto y facilitan así, la visión de la realidad que el autor desea transmitir y denunciar.

El apodo Málaga viene en el texto siempre en letras cursivas y acompañado del artículo determinante «el». «El *Málaga* no se acordaba del santo de su nombre… El *Málaga* sabía que no había que contestar… El *Málaga* se alegra cuando le trasladan…» (Aub, 1997: 255). Ese uso, sin embargo, se considera vulgar: «Los nombres propios de persona no se combinan con artículo, de ahí que sea vulgar decir: *la María; *el Manolo; * la Rocío» (Gómez Torrego, 2000: 35). Antonio Briz (1998: 26) explica qué se entien-

de por vulgar: «Con el término vulgar nos referimos a ciertos usos incorrectos, anómalos o al margen de la *norma estándar* y de las *normas regionales*, resultantes de un nivel de lengua bajo».

Podríamos pensar que el uso del artículo antes de Málaga tiene el objetivo de contextualizar y caracterizar al personaje en su sencillez, pues se trata de una persona de nivel socioeconómico bajo y con poca escolaridad. En la descripción, el narrador utiliza el término coloquial «narigón»:

> Creció alto, flaco y narigón, con las ideas enrevesadas y sin ver las cosas claras; lo poco que aprendió en la escuela fue con dificultad. No asistió más que un par de años; a los ocho era limpiabotas y se le abrió el mundo, gustó del oficio aunque el *Gusano* le quitara las perras (Aub, 1997: 256).

Su apodo es Málaga porque cuando era niño le gustaba mucho el vino dulce Málaga, pero se llama Juan Domínguez.

> El apodo nació en el seno de la familia por el gusto dulzón del vino que así se etiqueta. Toda la familia, de La Mancha, era buena catadora del tinto, cuanto más áspero mejor; pero aquel chiquilicuatro mal encarado había nacido con gustos de mujer: —¿Tú qué quieres? —¡Málaga!— respondía. Tendría cuatro años; como hacía gracia lo repitió cien veces ante vecinos, visitas y familiares, y *Málaga* se le quedó… (Aub, 1997: 256).

En la descripción de Málaga, el narrador utiliza nuevamente el registro coloquial: «chiquiliquatro» en la definición del DRAE[1] «hombre despreciable, ligero y enredador». En el *María Moliner* (1999: 615) «hombre joven, informal, al que no se da importancia».

El abuelo de Málaga describe su simplicidad: «Éste es feliz —decía su abuelo—, no entiende ná de lo que pasa, ná de ná, para él lo mismo da que llueva, que truene o que haga sol» (Aub, 1997: 258). Se observa la presencia de la forma «ná» por «nada», muy común en la lengua oral, que produce un efecto de naturalidad y de proximidad entre el personaje y los lectores.

Málaga es una persona simple, ingenua, con una visión limitada de la realidad, pero no es ignorante y tampoco totalmente deficiente: «Tonto mas no necio; cándido pero no torpe; simple, no imbécil» (Aub, 1997: 259). Dentro de sus limitaciones razona y cuestiona muchas cosas. Antes de su salida de Madrid, frecuenta la iglesia todos los días y le hace preguntas al cura, el diálogo muestra que, a pesar de sus limitaciones, el limpiabotas desarrolla un raciocinio lógico y expresa sus inquietudes e indagaciones.

---

[1] DRAE: Diccionario de la Real Academia Española (www.rae.es.).

- —¿Por qué todos los santos van descalzos, señor cura?
- —Porque fueron pobres, Juanito.
- —¿Y por qué fueron pobres si fueron santos? (Aub, 1997: 259).
- —Mire usted, señor cura, todo esto que usted dice está muy bien y es muy bonito, pero a mí que no me digan: no hay razón para que los santos vayan descalzos: no es justo (Aub, 1997: 260).

En el diálogo con el cura, Málaga utiliza un lenguaje más elaborado, el registro formal, el pronombre de tratamiento «usted» y hace la debida concordancia con el verbo. Se verifica, por tanto, que el limpiabotas adecua el registro a la situación, a pesar de que no comprende esa necesidad: «El *Málaga* lo veía todo claro pero a la misma distancia, nunca comprendió la necesidad del *usted* existiendo el *tú*» (Aub, 1997: 257).

> Cualquier hablante conoce las reglas de situación que marcan las conductas lingüísticas y extralingüísticas, y tales conocimientos se activan en mayor o menor grado en sus actos diarios de comunicación para lograr su máxima adecuación a la situación precisa en que tienen lugar (Briz, 1998: 15-16).

Así como, al dirigirse al cura, Málaga usa un lenguaje más elaborado, al hablar con su amigo Manuel, lo hace de manera más sencilla, casi infantil. En 1936, su amigo quiere ir al frente militar y piensa que Málaga se interesará por ir también, lo que no sucede: «—A mí no me gusta pelear, ¿por qué le gustará a los demás? Pegar es malo, duele» (Aub, 1997: 265).

En 1936, al inicio de la Guerra Civil Española, cuando la sede del gobierno de la segunda república (1931-1939) cambia para Valencia, Manuel y su familia se trasladan para aquella ciudad, pues su padrastro Juanito Peñalver es un hombre de confianza del entonces presidente del gobierno, Francisco Largo Caballero (Madrid 1869 - París, 1946). Cuando empiezan los bombardeos en Madrid, Málaga huye a Valencia, en busca de su amigo, pero sólo lo encuentra dos años más tarde, en Barcelona, cuando Manuel decide irse a Francia, idea que tenía desde el inicio de la guerra. El diálogo está construido en estilo indirecto y directo libre:

> Cuando los rebeldes se acercaron a Barcelona, Manuel le dijo al *Málaga* que se iba a Francia.
> —Bueno, vámonos.
> —Y tú, ¿por qué vas a venir?
> —Yo no me voy, voy contigo.
> —A ti no te harán nada.
> —¿Qué me tenían que hacer?
> —Entonces, ¿por qué te vienes a Francia?

—¿No quieres que vaya contigo?
Al día siguiente, después de darle muchas vueltas a esta conversación, el Málaga le preguntó a su amigo:
—Oye, tú, nosotros por qué nos vamos?
—Ni muerto me quedo yo con los *fachas*… (Aub, 1997: 266).

El narrador cuenta en estilo indirecto la decisión de Manuel de irse a Francia y luego empieza el diálogo en estilo directo libre que, para Hudinilson Urbano (2000), es aquel que no presenta los elementos introductorios, los signos gráficos especiales y la indicación del autor del enunciado. Con el estilo directo el texto gana expresividad, pues produce dramaticidad y emoción, además, actualiza el tiempo pasado, puesto que trae las voces al presente de la lectura.

El diálogo entre Málaga y Manuel es característico de los que se desarrollan entre amigos, donde existe confianza, libertad y espontaneidad, por lo tanto, está cargado de subjetividad y emoción:

> Precisamente aquellos discursos próximos a la inmediatez, entre los cuales apunta la conversación entre amigos y las relaciones de comunicación que en general pueden considerarse de la esfera privada marcan un grado de máxima proximidad. En estos casos prima la subjetividad y las marcas de la enunciación en el enunciado se hacen más patentes por lo que aquí puede ubicarse, entonces, la oralidad (Kulikowski, 2000: 3-4).

Todavía sobre el diálogo anterior, es importante destacar la decisión que muchos españoles tuvieron que tomar para no quedarse en la España franquista, para salvarse: huir a Francia. Manuel utiliza la expresión «ni muerto» y la forma coloquial «fachas» de fascistas, lo que crea un efecto de espontaneidad y naturalidad, comunes en una conversación entre amigos. La amistad y confianza que tienen los chicos está presente en el diálogo, Málaga no se va a Francia por Francia o por la situación política de España, sino por su amigo. Y su ingenuidad también está presente aquí, pues no desconfía de lo que les podría ocurrir si permanecieran en España. No comprende los motivos de Manuel para ir a Francia, pero eso no le importa, lo acompañará.

De la misma manera que Málaga y Manuel huyen, miles de españoles buscan refugio en Francia, ese hecho histórico se trasmite, en el fragmento abajo, con un lenguaje que recuerda las noticias de la radio, tenemos la impresión de oír un noticiario, y aquí también se utilizan elementos coloquiales como «apelotonados»:

> Al salir de Figueras, apelotonados, ahogada en la carretera la corriente de los fugitivos, detenidos a cada momento por el número, fueron, otra vez, ametrallados

por aviones rebeldes. Se habían corrido a un lado del camino, tumbándose en un campo fangoso (Aub, 1997: 267).

El historiador inglés Hugh Thomas describe la huida de la población:

> Pero parecía como si toda la población catalana se hubiera unido a la huida. Los pueblos en el camino de la frontera francesa estaban llenos a rebosar de refugiados. Por la noche, las aceras quedaban cubiertas de hambrientos y temblorosos seres humanos de todas las edades (Thomas, 1962: 483).

En esa caminata rumbo a Francia, los ataques de los aviones produjeron muchas víctimas, entre ellas Manuel con quien naturalmente habla Málaga:

> Te has muerto, Manuel, pero no te hagas ilusiones, han muerto muchos antes que tú y tendrás que esperar. No tiene mucha importancia, no te preocupes: te llevaré a Francia, aunque pesas más de lo que creía. Eres mi amigo; así estaremos todos contentos, aunque, la verdad, no acabo de comprender por qué quieres llegar a Francia (Aub, 1997: 267).

Ese fragmento nos muestra la naturalidad de Málaga en aceptar los sucesos, y también su fidelidad a su amigo Manuel: le prometió que lo acompañaría a Francia e, incluso después de haber sido muerto el amigo, cumple su palabra y con ella parece que quiere tranquilizar a Manuel. Notamos que ya cerca de Francia, viendo que hay tantas personas haciendo el mismo camino que ellos, Málaga todavía no entiende lo que ocurre, no comprende por qué caminan a Francia. Y cuando llegan a Port-Bou el narrador crea una atmósfera poética, romántica que suaviza la narrativa: «Port-Bou a la derecha, con su mar y su playita. La estación larga y blanca no se ve destrozada desde la carretera; esta se mete adentro, en una suave curva, ascendiendo hacia el puerto (…) un puertecillo, una playa chica, con barcas varadas...» (Aub, 1997: 267, 268).

Es como si algo bueno fuera a ocurrir, ya que ahora los personajes están en Francia, sin embargo ese optimismo se opone a:

> Matojos tristes, tierra sin color, ingrata (...) automóviles, camiones, tanques de gasolina, motocicletas, autobuses, hasta ambulancias, por todas partes, cerrando el camino, tumbados en las cunetas, tirados en las hondonadas, revueltos, unos sobre otros, los chasis ruedas arriba, amasijo lastimoso e inútil.
> —Dicen que ya llegamos Manuel (…)
> —Manuel, esto es igual que lo otro (Aub, 1997: 268).

El vocabulario del fragmento se refiere a vehículos, medios de transporte, que posiblemente pertenecían a personas que llegaron a la frontera y allí tuvieron que dejarlos. Málaga siente una gran desilusión, puesto que pensaba que Francia sería otra cosa, que recibiría alimentos, pero se da

cuenta de que es igual a España. Cuando dice «esto es igual a lo otro», es importante resaltar que el deíctico «esto» se refiere a Francia y «lo otro» a España. Sobre los deícticos espaciales afirma Maingueneau (2001: 23): «Os dêiticos espaciais são interpretados graças a uma consideração da posição do corpo do enunciador e de seus gestos». Si estuviera vivo, Manuel comprendería el mensaje de su amigo, sabría qué quiere decir con «esto» y «lo otro». La amistad, la proximidad y el saber compartido entre Málaga y Manuel facilitan el entendimiento del mensaje también por el lector. Para Antonio Briz, la relación de amistad y de proximidad, es decir, la relación de igualdad entre los interlocutores es una de las características que presenta el registro coloquial, además de otras situacionales como:

> La relación vivencial de proximidad: saber y experiencia compartidos; el marco discursivo familiar, la temática no especializada: cotidianidad. (…) la ausencia de planificación; la finalidad interpersonal: la comunicación por la comunicación, el fin comunicativo socializador y el tono informal… (Briz, 1998: 30-31).

Málaga llega a Francia y se decepciona, pues pensaba que al llegar podría saciar su hambre, sin embargo sólo oye órdenes, frases cortas, imperativas y sin explicaciones:

> —¡Al túnel! ¡Al túnel!
> El túnel, negra boca del infierno, allí a lo más bajo de la falda del monte. La estación de Cerbère, y, en las vías muertas, dos larguísimos trenes con pertrechos de guerra que estaban "a punto" de pasar la frontera. Los guardias móviles, los gendarmes:
> -—¡Al túnel! *Allez*! *Allez*! (Aub, 1997: 269).
>
> El Málaga no entiende: está en Francia, allí mismo donde quería llegar Manuel, Francia es Jauja, él lo ha oído: pan, salchichón, pan, sardinas, pan, mantequilla, pan, pan, pan (Aub,1997: 269).

Podemos deducir del fragmento anterior que el narrador no está en Francia, pues utiliza el deíctico «allí», pero Málaga sí está, y tiene una idea positiva sobre ese país, principalmente en lo que se refiere a la alimentación. «Jauja», según el Diccionario de la Real Academia, se refiere al Jauja, valle de Perú, famoso por la riqueza de su territorio, por lo tanto la palabra denota prosperidad y abundancia. La repetición de «pan» también refleja el hambre que todos pasaron, caminando días y días sin recibir ningún alimento. Piensan que serán recibidos y acogidos en Francia, pero esa es, en realidad, una gran desilusión para todos aquellos que huyen. La idea que han formado sobre Francia cambia completamente:

> Y está entrando en la negra boca del túnel, tropezando en las traviesas, en las piedras, por las vías. Afuera llovizna, dentro también. Francia es un oscuro túnel donde lloran los niños, maldicen los hombres, gritan perdidas las mujeres. Una

busca desesperada a su hijo mayor, a su niña: ¡Rocío, Rocío…!, -¡Antonio, Antonio…! (Aub, 1997: 269).

El uso del gerundio, del presente de indicativo y las exclamativas nos llevan al presente de la narrativa, como si visualizáramos la imagen del grupo desesperado, que obedece a la policía francesa. El léxico utilizado en el mismo fragmento también nos hace pensar en una situación negativa y desesperadora: «negra boca», «túnel», «tropezando», «piedras», «oscuro», «túnel», «lloran», «maldicen», «gritan», «perdidas», «busca», «desesperada».

El Málaga no puede con su alma, hace días que no puede con su alma. Pregunta: «¿Hemos perdido la guerra, verdad?» (Aub, 1997: 269, 270). La repetición de «no puede con su alma» enfatiza el estado emocional del personaje, que ahora parece que entiende lo que ocurre. Ahora comprende que los republicanos perdieron la guerra y se siente integrante del grupo cuando lo dice en la primera persona del plural: «¿Hemos perdido la guerra, verdad?» (Aub, 1997: 270)

Cuando más de quinientos mil españoles llegan a Francia, los franceses se desesperan, empiezan a comentar con mucha expresividad la situación vivida en el país:

Desde hace unos días la vida es otra. ¡Cuántos problemas! ¡Qué negocios! Un país que cae del cielo, sobre otro.
—¡Una plaga, señor! ¡Una plaga! Esperábamos cincuenta mil, cuando mucho, y pasan del medio millón…
Los cafés están llenos, las calles están llenas, todo está lleno, a reventar. Grandes conciliábulos se celebran en los retretes (Aub, 1997: 272).

Todo está abarrotado de gente, incluso la playa de Argèles, donde hay más de cincuenta mil refugiados, sin ningún abrigo, la mayoría son hombres, pero hay mujeres y niños también. A fin de transmitir la sensación causada por el fuerte viento y la falta de abrigo, el narrador repite la palabra viento muchas veces y con distintos adjetivos:

Nunca ha estado expuesto a un viento tan largo, tan fuerte, tan tenaz, a un viento que le llega por todas partes e intenta tumbarlo de todas maneras. El Málaga ríe, le gusta, le divierte, le hace cosquillas. El viento lo requiere, el viento se le apega, el viento le hace cariños. Ríe. (Aub, 1997: 272).

Todos los reclusos están en la playa y cada uno intenta protegerse como puede:

Tres o cuatro kilómetros de la más heterogénea mezcolanza que pueda verse: ponchos, abrigos, gabanes, gabardinas, chamarras, chaquetas, trincheras, capuchones, mantas, capotes, zamarras, cobijas, capas, impermeables, tabardos, cobertores, hasta chilabas y albornoces, todos sucios, casi todos viejos o pareciéndolo, rematados por boinas de todas las clases y edades —polvo sobre polvo—,

> gorras militares, gorras de las más extrañas condiciones, papahigos, gorros de cuartel, pasamontañas, bicoquetes, sombreros, casquetes con y sin orejeras, pañuelos atados a lo aragonés o a lo valenciano, quepis, hasta birretes, capotas y cogoteras, calcetines y medias, ajustados en forma de barretina, otras arrolladas alrededor del cuello, papalinas. Algunos resisten el viento, sin nada en la cabeza, son los menos (Aub, 1997: 274).

En el fragmento que acabamos de leer hay varias formas intensificadoras, como «tres o cuatro kilómetros», le da al lector una idea de la extensión de la playa y de la cantidad de personas que están a la intemperie. «De la más heterogénea mezcolanza que pueda verse» intensifica la mezcla de abrigos, capas, gorras, gorros, que representan a las personas que los usan, que intentan protegerse de aquel viento fuerte y húmedo. Las distintas maneras de atar los pañuelos y la variedad lingüística indican que hay españoles de diferentes zonas geográficas, en la misma playa y situación.

Sin embargo, a pesar de la gran cantidad y variedad de abrigos, las personas están desprotegidas, a la intemperie. Entre ellas está el personaje Juanito Gil, un escritor que describe en una carta, la situación en la que se encuentran, bajo la lluvia, cercados de humedad, sin las mínimas condiciones de higiene. En su descripción se disculpa por usar términos que considera vulgares:

> Mojado, ¿tú sabes lo que es sentirse mojado? No lo sabes, ni tienes idea. Pero sí la tenemos cincuenta, sesenta, cien mil españoles, con agua del cielo en los hombros, a través del paño, bien impregnados (…) Estamos pringados, perdona la vulgaridad: estamos pringados de agua y de lo demás. O, si lo quieres más elegante y elevado: transidos, estamos transidos. Auténticamente, y perdóname la expresión: nos cagamos en el Mediterráneo (Aub, 1997: 276).

Juanito le escribe a Reinaldo, porque espera recibir ayuda para salir del campo, entonces le explica la situación de desabrigo en la que se encuentran él y miles de internos, la sensación desagradable se enfatiza con los elementos: «mojado», «impregnados», «pringados», «pringados de agua y de lo demás», «transidos», «nos cagamos en el Mediterráneo...» (Aub, 1997: 276). Podemos entender «pringados» como empapados de agua y de otras sustancias también. El término «transidos» significa fatigados, consumidos, angustiados, y por último, la expresión coloquial «nos cagamos en el Mediterráneo», según el Diccionario de la Real Academia Española puede tener por lo menos cinco significados, que pueden aplicarse al texto: «evacuar el vientre», «manchar», «acobardarse»; «expresar desprecio por algo o alguien» y también «expresar enfado». Los prisioneros evacuan en el mar, lo manchan, se sienten acobardados, y podrían también sentir des-

precio y enfadarse con el mar, ya que es una gran barrera, frontera que se impone y que no les permite huir, seguir adelante.

Para Werner Beinhauer el uso de expresiones de tipo obsceno son comunes en el lenguaje popular, tanto en hablantes de niveles socioculturales bajos o altos, en situaciones de confianza, de amistad:

> No puedo menos de mencionar siquiera las INTERJECCIONES DE TIPO OBSCENO tan corrientes en el lenguaje popular. Sobre todo en el vulgar, pero hay que tener en cuenta que en conversaciones entre amigos de confianza y en situaciones cargadas de especial afectividad que pide desahogo, aun tratándose de gentes pertenecientes a estratos sociales más elevados, aparecen tales expresiones. Aparte de esto, la mayoría de esas obscenidades están semánticamente tan gastadas por el uso, que el hablante apenas tiene conciencia de su contenido indecente (Beinhauer, 1991: 102-103).

Juanito Gil le cuenta a Reinaldo en la carta, que Málaga ha llevado «una paliza de órdago» (Aub, 1997: 278) que significa extraordinaria, fuera de lo do común, por intentar defender a Almudena de una violación. La niña, conocida como Rocío, tiene doce años, vive en el campo de concentración con Antonio, su hermano y es amiga de Málaga. En su descripción hay distintas marcas del registro coloquial y también referencias a su forma de hablar, a su acento:

> La rapaza era de buen tamaño para su edad, mofletudilla, de pelo negro y lacio, boca pequeña y bien dibujada, frente más bien estrecha, color cetrino y los ojillos más diminutos y graciosos que se podían dar. En recuerdo de sus primeros años ceceaba ligeramente, lo que añadía duende a los dicharachos madrileños que no dejaron de pegársele en sus correrías por las calles de la capital (Aub, 1997: 280).

Los diminutivos terminados en -illa, -illos de «mofletudilla» y «ojillos» son en general utilizados en Andalucía, de donde es la abuela de Almudena, pero Beinhauer explica su uso:

> La función de -ito es, del modo más inequívoco, diminutiva, es decir, objetivamente empequeñecedora: un librito es «un libro pequeño»; en cambio, -illo es sin duda también preferentemente diminutivo, pero «al mismo tiempo comporta con frecuencia un valor subjetivo, afectivo» (Beinhauer, 1991: 291).

El uso de los diminutivos en la descripción expresa afectividad, pues Almudena es una niña, está en el campo de concentración y además, sufre una violación. El comentario sobre su forma de hablar confirma el origen de Madrid, por eso «ceceaba ligeramente» (Aub, 1997: 280), sin embargo también tiene acento andaluz, por el contacto con su abuela, pues en uno

de los diálogos con Málaga dice: «De noche, mi jermano no me eja salí del ahujero» (Aub, 1997: 281).

La presencia de la variedad lingüística, de los elementos característicos de la oralidad y del registro coloquial hacen de «El limpiabotas del padre eterno» un texto rico en expresividad. Las estrategias discursivas utilizadas por el autor crean un efecto natural en el habla de los personajes y narradores y posibilitan que el lector se aproxime a la escena enunciativa, de esa forma siente en el texto la realidad que el autor desea testimoniar y denunciar artísticamente.

BIBLIOGRAFÍA

Aub, M., 1997, *Enero sin nombre,* 2ª ed., Barcelona, Alba.

Beinhauer, W., 1991, *El español coloquial*, Madrid, Gredos.

Briz, A., *El español coloquial: Situación y uso*, 2ª ed., Madrid, Arco Libros.

De Marco, V., 1999, «Questões sobre a literatura de testemunho», *Língua e literatura*. São Paulo, Humanitas.

Gómez Torrego, L., 2000, *Gramática didáctica del español*, 7ª ed., Madrid, SM.

Kuliwouwski, M. Z. M., 2002, «Oralidad en la literatura: ecos de lo cotidiano en Manuel Puig», en: Congreso Brasileño de Hispanistas 2, *Proceedings online,* São Paulo, Associação Brasileira de Hispanistas. Disponible en: http://www.proceedings.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=MSC000000001200200010044&lng=en&nrm=abn.

Maingueneau, D., 2001, *Elementos de lingüística para o texto literário*. São Paulo, Martins Fontes.

Moliner, M., 1999, *Diccionario de uso del español*, 2ª ed., Madrid, Gredos.

Preti, D., 1982, *Sociolingüística: os níveis de fala*, São Paulo, Cia. Ed. Nacional.

Silva, L. M. da, 2002. *O desaparecimento do poder do narrador*, Dissertação de Mestrado, São Paulo, FFLCH – USP.

Soldevila-Durante, I., 1973, *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969),* Madrid, Gredos.

Thomas, H., 1962, *La guerra civil española*. Paris, Ruedo Ibérico.

URBANO, U., 2000, *Oralidade na literatura. (O caso Rubem Fonseca)*, São Paulo, Cortez.